

va investigación que demuestre en qué consiste el ser de América y por lo tanto establezca la clave del significado de su historia y principalmente de su destino.

Las tres primeras secciones del libro pueden ser consideradas un ejercicio historiográfico, sin embargo, el aporte que realiza O'Gorman específicamente en la cuarta sección es lo que le permite llegar a ser considerado un texto filosófico de la historia y no simplemente libro de historia de las ideas. En una lectura crítica, el libro ayuda a comprender la naturaleza de las interacciones entre el occidente y las culturas no occidentales, por lo tanto el texto de O'Gorman sigue siendo considerado vigente.

* Estudiante del segundo semestre del Doctorado en Ciencias Sociales de la UACJ.

Fecha de recepción: 2014-04-30
Fecha de aceptación: 2015-08-31

Laura Hernández M.*



La nariz de Gogol, de Jorge Luis Herrera¹

La nariz de Gogol de Jorge Luis Herrera inaugura la entrada de textos clásicos escritos en lengua extranjera en la colección "Déjame que te cuente", pues todas las publicaciones anteriores habían sido adaptaciones de clásicos en lengua española. Hay que reconocer que el comienzo es magnífico porque, entre otras razones, enriquece una iniciativa de la maestra Alma Mejía (coordinadora de la colección), que es atípica en el medio académico, y que consiste en lograr que el trabajo de los investigadores llegue a públicos más amplios. En este caso, al exigente lector infantil que no gusta de enredos y arrogancias, prefiere la escritura que por clara puede resplandecer en la imaginación y el gozo de la lectura como práctica lúdica.

De manera que participar en este tipo de publicaciones representa el enorme reto de crear una escritura que logre reescribir un texto, con el propósito de provocar en los lectores el deseo de conocer la historia original. Y eso se ha conseguido en *La nariz de Gogol* quizá porque, como dice el autor en la presentación, fue un niño que probablemente disfrutó de estos relatos rusos en su infancia, pues aunque confiesa no estar seguro de ello, sí lo está de haber nutrido su imaginación de historias que le contaron sus familiares: una manera estupenda de ponernos a tono con el espíritu de Gogol, quien es un maestro en el encuentro entre la realidad y la imaginación, a partir de una conciencia alerta que se manifiesta en la práctica de la duda permanente sobre lo percibido, que después da un giro preciso hacia la certeza de que lo que se ha imaginado también es real. De esta forma, Gogol puede posicionar al absurdo en el centro de la vida como una manera de liberarnos de esa condena que es la normalidad.

A Jorge Luis Herrera le intriga el papel que juega la nariz en esta recreación fantástica del sinsentido, una vez que

le resulta llamativo que el escritor ucraniano no sólo le haya dedicado un cuento, sino que aparezca constantemente en sus relatos. Eso explica que su libro se llame *La nariz de Gogol*, y que sea Gogol el personaje que nos cuente como una experiencia personal lo sucedido a los personajes de los dos relatos que escribirá después y en los que se basa el texto reescrito: "La nariz" y "Diario de un loco". Dos relatos que se combinarán para poner en un primer plano la lógica del absurdo, donde el sinsentido tiene mucho sentido si ese suceso mágico lo vivió el escritor que se convierte en narrador.

Así surge una reescritura de Gogol que le rinde homenaje al citarlo dentro del texto con letra cursiva, no sólo para ser distinguida su escritura de la de Jorge Luis Herrera, sino también para materializar el diálogo que se establece con las obras originales, haciendo cómplice al novel lector de una conversación literaria, casi como un guiño que reconoce a su lector como alguien que todavía tiene la capacidad de acceder al lenguaje de lo posible. Un juego que, no tengo duda, le hubiera fascinado a Gogol, como la continuación de

una estética encaminada a la crítica implacable de su sociedad, con el arma más afilada que es la de la burla juguetona que desprecia la solemnidad hipócrita que caracteriza a los poderosos.

La nariz de Gogol tiene dieciséis apartados, de los cuales diez se basan en “La nariz” y seis en el “Diario de un loco”, de ahí que podamos afirmar sin duda alguna que el relato dominante es el primero, sin embargo, el segundo juega un papel muy importante al dotar a la historia de la carga fantástica ideal, pues ahí se incorpora un mundo donde los perros hablan y escriben cartas, las vacas compran té y las narices viven en la Luna. En esta fusión de los dos relatos será donde Jorge Luis Herrera pondrá todo su esfuerzo creativo, pues tendrá que transformar algunos aspectos del “Diario de un loco”, sobre todo para dejar a un lado la ironía más política de Gogol y centrarse en la parte fantástica.

Como sabemos, el eje de los relatos de San Petersburgo es la denuncia de la corrupta burocracia zarista que se vivía en la ciudad más importante de la modernidad rusa y que, a mediados del siglo XIX, se paseaba por la avenida Nevski para lucir

sus mejores galas en un derroche de lujos que ignoraba la miseria que lo rodeaba. Esta es una sociedad que Gogol nos presenta bajo el dominio de la mediocridad, puesto que el valor de los individuos se medía a partir del aspecto y del lugar que ocupaban dentro de una jerarquía, en la que el de arriba aplastaba al que se encontraba apenas un poco debajo de él, compitiendo ferozmente por ser reconocido como superior.

La nariz es el elemento idóneo para simbolizar la apariencia, pues es el apéndice que destaca en la cara. Su prominencia se vuelve el medio ideal para representar lo que podríamos denominar la *facha*: un italianismo que deriva de la palabra italiana *cara*, la idea del aspecto, en español. Con ello Gogol parece querer decirnos que si bien el olfato no posee el peso perceptual de la visión, la nariz, su “órgano”, tiene gran importancia como centro de la apariencia. Y si el eje del valor social es lo que los demás pueden ver, entonces perder la nariz es una desdicha enorme, pues, como dice el protagonista de “La nariz”: “si fuera manco o me faltara una pierna sería cosa de poca monta; mal estaría sin orejas y, no obstante, aun tendría

arreglo; pero un hombre sin nariz, sólo el diablo sabe lo que parece: ni es pájaro, ni es ciudadano”. Perder la nariz significaría, por tanto, perder la faz, que no es lo mismo que carecer de cara, esa sería la condición del descarado, aquel que no baja la cara, el que no se avergüenza. Perder la faz significaría algo más radical: no existir socialmente, no ser visible.

En el relato de “La nariz”, Kolianov es quien la pierde por culpa de su barbero que suele jalarla cuando la afeita. Mientras su barbero es un pobre borrachín, Kolianov es un burócrata que ha obtenido su cargo a partir de corruptelas, sin embargo, presume de su puesto y galantea a las mujeres, jactándose de tener una bella nariz. Por esa razón, su pérdida representa el derrumbe de su situación social. La ansiedad por ser reconocido es comparable, en esta lógica, con la condición antinatural de una nariz que maneja carros y hasta tiene un estatus social superior al del dueño de la nariz, quien la ve huyendo de él y negándose a aceptar su condición. No obstante, esta situación —sin duda extraña e irracional— termina sin mayor explicación cuando Kolianov amanece con la

nariz en su lugar, debido a que, irremediablemente, la normalidad siempre recupera su dominio sobre la realidad, aunque la imaginación pueda cuestionarla.

En *La nariz de Gogol* se ha retomado sólo este suceso mágico y se ha desplazado la descripción de la vida social. Una decisión atinada, puesto que el texto de Jorge Luis Herrera se centra en recuperar el aspecto imaginativo de la historia y su dominio del absurdo como una estructura que tiene su propia lógica. Es ahí, como decía antes, que “Diario de un loco” entra a nutrir esta carga fantástica, pues la locura, que en la obra original es producto de la incapacidad para alcanzar la imagen exigida socialmente y así ser indeseable para la mujer amada —razón por la cual el loco cree que es rey de España—, en esta reescritura sólo se recupera a través del convencimiento de que los perros hablan, cuando uno de ellos le hace saber en la calle que las narices viven en la Luna, razón por la cual no podemos verlas, y después le hace llegar un escrito donde le advierte que la pérdida será fatal cuando la Tierra aplaste de golpe y porrazo a la Luna.

Podríamos concluir diciendo que los relatos de Gogol son criaturas muy elaboradas de su sociedad, construidas a partir de un simbolismo complejo que le permite mostrar lo antinatural del poder. Transformar esa densidad semántica y semiótica en un texto accesible a un lector en ciernes es, en efecto, una tarea llena de dificultades que resolvió bellamente Jorge Luis Herrera al transmitir esa historia como la experiencia de narrarla. La capacidad de contarnos historias es tan natural que es la que nos permite encontrarnos unos con otros en el diálogo imaginativo, del cual siempre se desprenden nuevas historias que recordar y contar. Yo, por ejemplo, cuando terminé de leer *La nariz de Gogol* me acordé inmediatamente de una canción de cuna que mi madre me cantaba de niña y que tanto me intrigaba como me fascinaba. Creo que muchos la reconocen; empieza así: "Arriba en el cielo hay un agujero por donde se asoman narices de cuero". Ese absurdo de unas narices de cuero que se asoman en el cielo lo recuerdo como una de las experiencias más interesantes de mi infancia, que me formó en la conciencia del amor que habita en un canto, además me ense-

ñó a pensar y a imaginar otros mundos posibles donde, por ejemplo, las personas no desaparecen porque sí, sino que están en un lugar y, por eso, deben ser recuperadas por aquellos que los aman.

*Docente de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

¹ Texto leído el 27 de febrero de 2015 en la presentación de *La nariz de Gogol* de Jorge Luis Herrera, en la XXXVII Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería.

Fecha de recepción: 2015-08-19
Fecha de aceptación: 2015-09-09

Iván Álvarez*



Spotlight: los silencios de la Iglesia católica

Uno de los temas ausentes durante la reciente visita del papa Francisco a México, fue la falta de una alusión directa al problema de los curas pederastas en el seno de la Iglesia. Es cierto que no era (es) un tema fácil de tratar públicamente, tampoco es uno fácil para las víctimas; el cine, sin embargo, nos permite tener una visión sobre éste. En este marco, recientemente se estrenó en México una película que lo aborda de forma excepcional.

Con una palabra se podría calificar la más reciente apuesta cinematográfica de Thomas McCarthy, *Spotlight* (2015): sobriedad. No es una cualidad menor en un filme que se acerca al delicado, y por mucho tiempo soslayado, tema de la pederastia perpetrada por los sacerdotes

católicos contra menores cercanos a la Iglesia. El abordaje del abuso sexual en ésta se presta, entre otros manierismos, para la estridencia o el discurso que pontifica, para prodigar énfasis de dudoso gusto o militancia estéril. El amarillismo está ausente por completo de la cinta, hasta el punto de que la secuencia que mejor se prestaba para ello —la del sacerdote que acepta haber abusado de niños "sin haber obtenido placer de ello" frente a la reportera encarnada por Rachel McAdams—, termina con un portazo de la hermana del cura que aleja a la periodista.

Estrenada en México bajo el nombre de *En Primera Plana*, la película cuenta la historia del grupo de periodistas del *Boston Globe* que a inicios de 2002 hicieron pública la serie de abusos sexuales contra niños